



LA VISITA.

POR
RAFAEL MALUENDA

Ilustraciones de Oliver

El hacendado se había detenido en el callejón de la entrada del fundo para hacerles algunas observaciones a los peones que limpiaban un desagüe, cuando un jinete cruzó la ancha puerta de reja: buen caballo, buenos aperos de montar, un chamanto vistoso, sombrero de jipi-japa y una bufanda al cuello.

—Comprador de animales,—pensó el hacendado y la llegada de otros dos jinetes de apariencias modestas lo hizo confirmar su hipótesis. Y, como era su costumbre, aparentó no darse cuenta de los que llegaban para disimular su interés por el probable negocio que habían de proponerle.

Los cascos de los caballos resonaban sobre el suelo del callejón; con un ligero movimiento de cabeza el primer jinete hizo detenerse a sus compañeros y avanzó. Cuando el hacendado lo sintió junto a él, lo interrogó sin mirarlo:

—¿Qué se le ofrece, amigo?

—Dígame, señor, está aquí don Cucho Barros?

—No está.

—Vaya, señor, y yo que creía encontrarlo...

Y el jinete guardó silencio, sin resolverse a emprender la vuelta, dudando.

—Si tiene que dejarle algún recado, démelo.

—No, señor. Es que se nos ha hecho tarde, no alcanzaremos a llegar donde vamos y quería pedirle a don Cucho comida y alojamiento... El no me hubiera dejado feo,—terminó sonriendo, con el aire de quien sabiéndose de importancia se resigna a posibles desaires.

El hacendado se contentó con decir:

—Siga adelante y espéreme en el corredor.

El forastero hizo una seña a sus acompañantes y enfiló hacia las casas: dió la vuelta al patio delantero y orillando el corralón de las apartas fué a desmontarse en la "mediagua" del lado norte.

El propietario que lo había estado observando de reojo, pensó:

—Conoce la casa...

Pero al volverse para responder al saludo que le hacían los otros jinetes, una viva sorpresa se pintó en su rostro cetrino, de facciones enérgicas.

—¡Caray! Esta sí que es buena...—murmuró con el aire de quien ve venirle encima una situación difícil.

Se volvió a los peones, preguntándoles:

—¿Conocen a alguno de esos sujetos?

Y como ellos se encogieran de hombros, sin esperar respuesta, se dirigió a las casas.

Era un hombre alto y erguido, de barba entrecana, de facciones acentuadas. Vestía un traje negro, de corte ciudadano. No era el tipo común del terrateniente acaudalado. Había en él más de caballero que de labriego: la apostura erguida, la parsimonia de los ademanes, el hablar mesurado y tranquilo.

Al subir al corredor se detuvo para encender su cigarro y con rápida mirada examinó al forastero. Murmuró después como dando término a una cavilación:

—Vamos a ver, pues, vamos a ver...

Y penetró en el oscuro pasadizo que guiaba al interior.

Mientras tanto el visitante había sacado la petaca y liaba un cigarro, de pie bajo el corredor. Sus compañeros se habían detenido junto a la mediagua sin desmontarse.

Y se pasó un largo rato...

Una ligera impaciencia parecía haberse apoderado del visitante: sus pies golpeaban el suelo haciendo tintinear las plateadas espuelas, daba algunos pasos y tosía como queriendo advertir su presencia, volvía a inmovilizarse.

Las últimas claridades del crepúsculo se recogían en la altura. Iba llegando la noche. Por sobre el dentado horizonte que recortaban las alamedas distantes un fulgor blanquecino anunciaba la luna.

De pronto una voz llamó:

—¡Ceferino!

Acudió el llavero y se detuvo junto a una de las ventanas abiertas sobre el corredor.

—Traiga luz y dígame al señor que está ahí que pase,—ordenó la misma voz.

El sirviente no tuvo más que volverse y repetir:

—Que pase...

A su turno el aludido mandó:

—Desmóntense...

Y siguió al mozo, que iba raspando la caja de fósforos para encender la lámpara colgante del comedor.

El forastero se había detenido en el dintel. El hacendado le indicó un asiento en el extremo de la mesa; luego se inclinó para examinar unos papeles que tenía delante y le habló sin mirarlo:

—Siéntese, le van a servir aquí... en mi mesa... Supongo que al estar aquí don Agustín lo habría hecho así...

Con el sombrero en la mano, el forastero dudaba: un hondo pliegue le había impreso un gesto áspero a su cara epilada, de facciones enérgicas. Dijo al fin:

—Yo quisiera antes presentarme a don Nepomuceno Domínguez... tal vez don Nepomuceno no querría brindarme hospedaje...

—Es inútil...

—¡Soy Ciriaco Contreras!

El hacendado levantó entonces la cabeza y golpeando la mesa con su puño cerrado, manifestó con áspero disgusto:

—¿No ve, pues? Nada lo obligaba a decirme su nombre y ahora... tendrá que comer fuera de mi mesa.

Se volvió para llamar:

—¡Ceferino!

Y cuando el llavero estuvo ante él, le ordenó:

—Traiga una mesita y le sirve al señor en ese lado... Y ahora será muy justo que yo me le presente, amigo. Estoy solo en el fundo, en la casa no hay más que dos hombres: el llavero y mi mozo. Yo duermo en ese cuarto que tiene ventana al corredor. Cualquiera puede darme el bajo desde afuera... Eso sí: hay que apuntar bien, porque tengo la carabina a la cabecera y llegado el caso no doy cuartel. Supongo que al llegar aquí sabía con quién iba a tratar...

El bandido contestó sin inmutarse:

—Hace tiempo que lo conozco, señor; pero al venir aquí creía encontrar a don Cuevo...

—Y sabiendo que no estaba, ¿cómo fue que me aceptó la oferta de hospedaje?

—Porque no teniendo Ud. motivo para perseguirme, no había de hacerlo y además...

—¿Además qué?

—La verdad, creía que Ud. no me iba a conocer.

—Pues sí, no lo conocí: esa es la verdad; pero como uno de los que le acompañan es Pasesal Gutiérrez y yo sabía que andaba en la partida de Ciriaco Contreras, calculé que el famoso Contreras era Ud., el hombre que le mete miedo a todo el mundo.

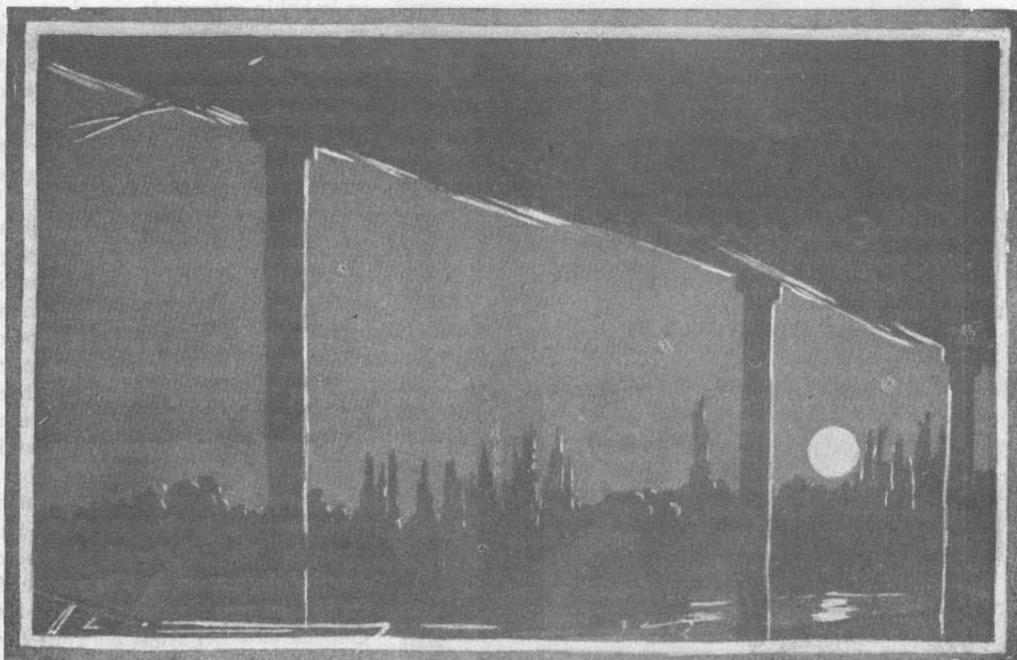
—Y ya ve, pues, señor, que no hay motivo para tanto,—manifestó sonriendo con sorna el bandolero.

—Así es: no hay motivo para tanto,—repuso el hacendado con acento tranquilo.

Un momento guardaron silencio. El bandido se había sentado a poca distancia del huésped, dejando su sombrero debajo de la silla. Conservaba puesto el chamanto y por sobre él se advertía de cuando en cuando un ligero movimiento de las ocultas manos. El hacendado se atusaba la negra perilla sin separarle ojo, examinándolo con mortificante ateneión.

Aparentaban una absoluta tranquilidad y el sirviente, que traía en aquel momento los platos, hubiera jurado que entre aquellos dos hombres no había la menor sombra de recelos.

Rompió al fin el silencio el dueño de casa para decir:



Un fulgor blanquecino anunciaba la luna

—Pues, amigo, Ud. se engaña en creer que yo no tengo motivos para perseguirlo. Motivos me sobran, porque Ud. habrá oído decir que yo les tengo guerra declarada a todos los malhechores y que desde hace dos años casi he limpiado de ellos estos parajes... No es negocio ya para los suyos meterse por estos andurriales... De manera que para cumplir mi promesa, yo debería cogerlo y meterle en el cepo, con lo cual daba buen remate a sus andanzas. Pero...

—No digo yo que sería imposible, pero algo había de costarle tal cosa...

A través del chamanto fué fácil advertir el movimiento de las manos que buscaban algo en la faja.

—Ni difícil ni imposible: ya estaría Ud. en el cepo bien asegurado si tal cosa hubiera sido mi propósito. ¿No ve que lo he tenido esperando más de media hora en el corredor y que desde mi ventana le pude meter una bala entre los hombros? Y una bala para Ud. creo que se agradecería sin preguntar cómo ni cuándo se la metieron... Se ha engañado Ud., amigo. Si se le va a servir de comer y se le va a dar alojamiento, es porque así lo dije y la palabra de un Domínguez no tiene vuelta...

Déjese, pues, de estar manoseando su revólver, acérquese a la mesa y sírvase.

El bandolero se puso de pie y se quitó el chamanto, luego metió mano a la cintura y desprendió de la faja un pesado revólver de largo y brillante cañón.

—¿Sabe, señor, que son muy pocos los hombres que me han hablado como su mercé? Tenga, aquí está mi revólver... Creo así es como uno puede entenderse con Ud.

Y le pasó el arma que el hacendado cogió con tranquilo ademán y puso sobre la mesa. Luego dijo:

—Sírvase ahora...

Se pusieron a comer en silencio.

•
••

Una hora después los dos hombres conversaban tranquilamente. El bandolero respondía a las preguntas del huésped con confiada y florida verba. Se sentía seguro, libre de temores importunos y aquello lo había vuelto expansivo. El hacendado le había ofrecido cigarros, pero muy cortesmente le negó el vino que había solicitado para sí y sus compañeros.

—No, mi amigo, el vino es traicionero y hace las cosas por su cuenta.

—Sea como su mercé quiere, pero lo que



Ciriaco Contreras

es yo nunca he hecho nada borracho: para vivir hay que tener mucha sangre fría. Ni vino ni mujeres cuando en algo se va jugando el pellejo... Tengo presente el caso del Romo. ¡Aventurero y enamorado, son demasiadas ocupaciones para un hombre solo!...

—¿Tú sabrás que me han amenazado contigo? Pues sí, aquí mismo me lo han dicho. Y es claro, ya tenía impaciencia por conocer al famoso Ciriaco, tan mentado y tan temido...

—Cosas de la gente, señor. Y requebrándose sobre la silla añadió: Me tienen miedo sin haber para qué. Ya ve como su merecé no me ha tenido miedo...

—Es que a mí todavía nadie me ha hecho cara; los más bravos se me han dado poniéndoles la mano encima, nada más.

—Así había oído decir. Cuando accorraló a Romualdo, Romualdo Carrasco, el del salteo en "La Hornilla", me dijeron que

se le había entregado sin chistar... Y ese era hombre, señor; yo puedo decirlo porque hasta a mí se me puso duro una vez... Bueno, la cosa es saber con quién se trata. No hay hombre que meta miedo a nadie: lo tengo visto. El miedo lo lleva uno aquí y si deja que se le salga afuera, está perdido. A mí no me vengan a decir que hay alguien que no tiene miedo! Mire, para no decirle más: muchos de estos caballeritos que se las dan de guapetones han ofrecido mi pellejo para cuando me encuentren y no hace mucho, a un conocido suyo de esos me lo topé a solas en el camino de la Huerta del Maule... Me iba a echar a un lado para dejarlo pasar, pero me vino la idea de darle una probada. Me le planté al medio, cortándole la pasada y le pregunté: "¿Ud. es uno de los que ha ofrecido mi cabeza? Aquí me tiene: yo soy Ciriaco Contreras..." ¡Ja! ¡Ja! Había que verlo pedirme perdón y hacerme ofertas. ¡Qué le costó plantarme un balazo? ¡Iba bien montado y hasta detrás de él como a un cuarto de cuadra traía el mozo... Pero se quedó muertecito. Me dió lástima. Y con seguridad que ahora estará contando que me pegó una correteada...

Y soltó el trapo a reír como si en aquel momento estuviera pasando la escena que relataba. Después cambió de tono, y con el rostro agrío comentó:

—Esos son los guapos, su merecé. A ninguno le daría asco darme un azote si me pillara amarrado, pero libre y frente a frente, mi solo nombre les hace tintinear las espuelas. Y los más enrabiaados conmigo ninguna cuenta tienen que les deba... Eso es lo que me da rabia y me pone la tentación de darles una apretada. Lo malo es que ninguna se me olvida, y de la correteada que me dieron el invierno pasado cerca del Ñuble alguien va a pagarla, eso sí. Me anduvieron trayendo bien volteado: me cansaron el caballo y si no me tiro al río, quién sabe lo que me pasa. Casi me ahogué. Y si no es porque le tuvieron miedo a la barranca, me agarran. Fíjese su merecé que he estado más de una hora sujetándome de una piedra apenas con la cabeza fuera del agua.

Y representándose aquella angustiosa situación soltó un voto, crispando las manos.

—¡Cómo quiere su mercé que se le haga a uno asco perfilar después de estas cosas a cualquiera de los que lo persiguen! Mentiría, señor, si dijera que me cuesta un pucho meterle todas las balas de mi revólver a los que me la juegan así... Ellos se arriesgan más que yo, porque cuesta matar un hombre, pero a mí ya se me ha hecho la mano... Y no es que yo sea aserino, ¡se mata una vez por matar, después se mata para defenderse!

—Mala vida, amigo, aporreada vida...

—manifestó don Nepomuceno, echando la pierna arriba con gesto displicente.

—Así es, señor, pero ya está tirada la línea y no hay más que hacer.

—Pero a tí te han hecho proposiciones con tal que...

—Son huesos para otro perro, don Nepomuceno.—Conozco la tonadita. Supóngase que doy oído, me entrego... Pum! de repente no se oye hablar más de Ciriaco Contreras... Me copan en la misma cárcel sin sumario y sin nada. Mejor estoy así: una vida tengo y con ella cobro y pago!

Hablaba de pie y su silueta gruesa, de cuello hundido, alta de pecho y de espaldas, se recortaba rotunda sobre la pared. El sirviente entró a preguntar dónde se les iba a dar alojamiento a los forasteros.

—Los que están allí afuera,—dijo el hacendado—alojarán debajo de la media-gua; al señor le saca ese diván que hay en mi pieza y se lo pone en el corredor. Pero a las cinco de la mañana, Ud. viene a avisarme si se han ido o nó...

Y una vez que el sirviente hubo salido se volvió al bandolero para aclarar su orden:

—Mi amigo, le voy a dar alojamiento como me lo ha pedido; pero como al amanecer llega la peonada y entre ellos no faltará quien lo conozca, es preciso que Ud. y sus compañeros ya no estén en el fundo. Porque en tal caso, quedo yo libre de proceder. ¿Creo que me entiende? Tenga la seguridad de que hasta la hora que le indico nadie lo va a molestar.

—Gracias, señor, se hará como Ud. quiere...

El hacendado se puso de pie, cogió el revólver que había dejado sobre la mesa y devolviéndoselo, le dijo:

—Y ahora, buenas noches... Ah, le agradezco la visita, pero ojalá para Ud. que no tenga yo que devolvérsela nunca. Buenas noches...

Y le abrió paso para que saliera del cuarto.

Recogió el bandolero su sombrero y chamanto, tomó de sobre la mesa un cigarrillo y se fué andando de puntillas, como deseoso de no hacer ruido.

El hacendado, de pie junto a la ventana del cuarto, cuya lámpara acababa de



Nepomuceno Domínguez

apagar, lo sintió dirigirse a la mediagua. Se pasó un momento. Luego advirtió sus pasos en el corredor: se echaba sobre el diván que le habían ofertado para que durmiera.

Las luces del corredor se habían apagado y toda la casa estaba en sombras. Ladraban los perros en el interior.

Entonces lentamente el hacendado salió al pasadizo, caminando despacio, sin hacer ruido. Pero una vez que hubo cruzado el dintel, como si tomara una repentina resolución, abrió la puerta de su dormitorio y taconeando fuerte, con la visible intención de hacerse presente en aquel sitio, de par en par abrió los postigos de la ventana que caía sobre el corredor y comenzó a desnudarse.



Años más tarde, el hacendado recordaba el hecho confesando:

—Cuando me dí cuenta de que era él, no me cabía la camisa en el cuerpo. Me cogió un miedo feroz. Estaba solo en el fundo; no me acompañaba sino Ceferino, el llavero y Bartolo, mi mozo. Bueno, dado caso de tener que arreglarlas por las malas no había remedio; pero tenía el temor de que mis hombres se echaran para atrás al saber con quién iban a vérselas... Sí, señor, Ciriaco Contreras tenía ese prestigio brujo ante todas las gentes: no le hacían resistencia. ...En fin, no tuve más que ganarle la vez y tratarlo duro para que

no me conociera que le tenía temor. Y la cosa me dió resultado, porque el bandido me vió tranquilo y yo mismo cobré bríos y me le impuse... Sobre la mesa tenía un montón de cóndores con que me habían hecho pago de unos animales y por precaución le eché encima una servilleta: no era cosa de despertarle el apetito por muy dormado que lo viera. Estuve tentado de regalarle algunos, pero eso hubiera sido una debilidad peligrosa, y no lo hice... Cuando se apagaron las luces y todo quedó en silencio, pensé pasarme la noche en vela en el comedor. Después, ¡qué diablos! me dió vergüenza sentirme cobarde mientras el otro empezaba a roncar sobre su diván y ¡a Roma por todo! dije, y me acosté metiendo bulla para que supiera que me tenía cerca. ¿Y van a creer que dormí tranquilo? ¡Como si tal cosa!... Ni supe a qué horas se fueron. Cuando Ceferino vino a despertarme, ya no estaban en el fundo. ¿Se fueron?—le pregunté. Y el hombre me contestó: Se fueron obscuro, señor; y el caballero del corredor me entregó este revólver para que su mercé lo guardara como un recuerdo... Entonces le dije a Ceferino: ¿Sabes quién era ese señor? ¡Ciriaco Contreras!... El pobre se puso pálido y no tuvo valor más que para decirme: ¡De la que nos hemos librado, patrón!... Me llevé mi sustazo gordo, sí, señor; pero saqué una lección para toda mi vida. Que al revés de lo que piensa la gente, tenemos miedo cuando temblamos y que hay que dominar los temblores para perder el miedo.

